

Animales

“Gracias a las palabras nos elevamos por encima de los animales, pero también por ellas nos hundimos frecuentemente al nivel de los demonios”

Aldous Huxley

Existen dos posturas encontradas respecto a los animales, una los defiende como nuestros semejantes y la otra propone que no tienen alma. Elizabeth Costello es representante de la primer postura: compara la maldad de los campos de exterminio nazi con los mataderos modernos. En la novela de J. M. Coetzee, que le da vida a Costello, los judíos se molestaron mucho con esa comparación.

También en el mundo real hay representantes de esa posición. En la ciudad de México algunas personas tratan mejor a su perro que al vecino, y aunque no son tan extremistas como Costello –al menos no conscientemente- su comportamiento hace manifiesto que su amor por el animal es superior al que sienten por muchos de sus semejantes, incluso quizá consideren más semejante al animal que a muchos humanos, entre ellos los policías y taxistas de su ciudad.

Pero existe una gran diferencia entre un humano adulto y un animal, una diferencia cualitativa que provocó a algunas religiones asignarle alma al hombre pero no a las bestias. La diferencia se da en la conciencia, en lo que nosotros sabemos y sobre lo que los animales no tienen noción.

Por ejemplo, un animal tiene un miedo instintivo al peligro, pero no tiene conciencia de la muerte ni de sus consecuencias. El temor del hombre no tiene comparación con el miedo del animal, sólo nosotros enfrentamos demonios. Sólo nosotros sabemos que si morimos dejaremos a los hijos desamparados, que si muere un niño pierde la oportunidad de vivir 100 años y todo lo que ello implica. Sólo nosotros somos concientes.

La vida de los animales depende casi exclusivamente de la información genética con la que nacen, los hombres en cambio tienen una gran influencia de su ambiente y la cultura donde se desarrollan. Los niños que no reciben la educación adecuada pueden crecer con deficiencias y traumas que limitan significativamente su capacidad de desarrollo y de integración social. Nada de esto ocurre con los animales, son inmunes a traumas psicológicos.

Un hombre puede sentirse indignado por un suceso o una situación y luchar toda su vida para resolverlo. El animal no conoce esa emoción. El animal vive el momento, el hombre considera el período desde la creación hasta el día del juicio final (o desde el Big Bang hasta la eternidad).

Sólo es posible torturar a un hombre, pues la tortura requiere del conocimiento del proceso, la conciencia del tiempo que va a durar, de la imaginación del dolor; a un animal sólo se le mata.

Esta visión sobre la conciencia de los animales es propuesta por muchos estudiosos de la mente, como la neuróloga Susan A. Greenfield (ver “the private life of the brain”), quien argumenta que la falta de conciencia del tiempo libera a los animales de la ansiedad humana.

Valoramos a los animales y humanos porque somos capaces de ponernos en su lugar y saber lo que sienten y piensan. En cambio, no valoramos de la misma

forma a los objetos inconscientes (como una computadora), nunca se nos ocurre sentir lástima de una máquina porque sabemos que no siente y no piensa. Cuando estamos en zapatos de nuestros semejantes tenemos una idea bastante precisa de lo que sienten, pero esta precisión nos falla cuando intentamos ponernos en el lugar de un animal.

Si la conciencia de los animales es diferente a la nuestra, les deberíamos asignar valor en relación a su nivel de conciencia, así, una mosca valdría menos que un perro, y éste menos que un chimpancé.

Valoramos tres aspectos de los animales:

1. Su valor como individuos. Este valor nace de nuestra capacidad de empatía, de ponernos en su lugar. El valor que les debemos asignar con este criterio debe estar relacionado con el nivel de conciencia del animal, pero usualmente los sobreestimamos al usar la empatía con ellos como la usamos con nuestros semejantes, asumiendo equivocadamente que sufren y aprecian las mismas consecuencias que un ser humano.
2. Su valor como especie. Tiene valor la información genética de la especie porque en ella se sintetizan los efectos evolutivos de millones de años. Este valor aplica a las especies amenazadas.
3. El valor que otros les dan. Aunque de acuerdo a los dos criterios anteriores un animal no valga mucho, si una persona le asigna valor debemos reconocer que sufre o goza con los acontecimientos que afectan al animal, usualmente su mascota. La existencia de organizaciones protectoras de animales también les da valor, aunque defiendan a las moscas de un basurero.

Irónicamente, muchos animales valen sólo porque así lo creemos. Las mascotas nos usan, se valen de nuestra empatía para que los valoremos excesivamente y consiguen que hagamos sacrificios mayores por ellos que por nuestros semejantes. Se aprovechan de nuestra debilidad por los ojones indefensos para usarnos en la satisfacción de sus necesidades. ¿Cómo es esto posible? Las mascotas que apreciamos son animales que una vez fueron salvajes, pero gracias a un proceso selectivo evolucionó en ellos la neotenia, que es la permanencia de características juveniles en la edad adulta: ojos grandes, juguetones, no agresivos; esto es, las características que los hacen semejantes a nuestros bebés y por las cuales los amamos.

¿No es esta una señal de inteligencia en los animales: usan al supuesto ser conciente? En realidad la inteligencia en esa jugada no es de los animales, sino del proceso evolutivo. En muchos aspectos, la conciencia aún no consigue igualar la efectividad de los procesos selectivos, es por eso que vemos gente más preocupada por un perro que por un taxista.

Estas mismas personas son las que se creen la clase culta de la ciudad, las podemos ver deambulando por colonias exclusivas, contaminando el ambiente con la mierda de sus pseudo bebés. Los más cultos la levantan con sus manos, evitando la contaminación y ejemplificando la victoria de la selección sobre la conciencia.